CUENTOS DE LOS MUERTOS

Antología de Cuentos de *Proyecto Sherezade*

© Proyecto Sherezade y autores, 2003

http://home.cc.umanitoba.ca/~fernand4

Esta antología es una selección de diez cuentos publicados en *Proyecto Sherezade* que contienen un narrador o un interlocutor muerto. Por más que presenten algunos elementos en común con los cuentos de fantasmas, no son cuentos de este género. Son cuentos que, en la tradición de Comala, utilizan el narrador y el interlocutor muerto para experimentar con la voz narrativa.

Como todos los cuentos de *Proyecto Sherezade*, estas diez breves narraciones enganchan la atención del lector desde las primeras líneas. Los temas son tan variados como las nacionalidades de sus autores, que proceden de siete países hispanohablantes diferentes. Igualmente variado es su tono, que cubre desde lo cómico hasta lo trágico. El resultado es una amena antología que el lector podrá ampliar yendo directamente al portal electrónico *Proyecto Sherezade*, donde encontrará publicados más cuentos de estos y otros autores.

ENRIQUE FERNÁNDEZ

ÍNDICE

La última espera, de Mario Lamo Jiménez (Colombia) 1
Desde la vitrina, de Cecilia López Ridaura (México) 2
Leyéndote muerto, de Maria Elena Lorenzin (Argentina) 4
Memoria de la Huestia, de Agustín Celis Sánchez (España) 6
Estación imposible, de Enrique Fernández (España) 8
Encuentros a deshoras, de Jorge Rivera (Perú) 11
Recomendaciones para comprar un espejo, de José Cardona (Colombia) 13
Nocturno cuatro, de Antonio Bou (Puerto Rico) 15
Huesitos, de Wilson García (Colombia) 19
Las muertes normales, de Mauricio Ventanas (Costa Rica) 24

La última espera

Mario Lamo Jiménez, Colombia

Llevo ya diecisiete horas de muerto y nada, que no me entierran. ¡Qué aburridora es la muerte! Si por lo menos pudiera fumarme un chicote, no me molestaría tanto tener que esperar. Pude haber pasado al otro toldo con más elegancia, pero hasta mi misma muerte fue un fracaso. Al atravesar la séptima, clavo mi mirada en una morena que pasa contoneándose, me distraigo y me atropella el mensajero de la droguería con su cicla. Me doy la nuca contra la acera y ahí quedo como un pollo congelado exhibido en una vitrina, los papeles del juzgado regados por toda la calle, los ojos vidriosos y la lengua babeante. Hasta un perro que pasaba me lamió la herida. Lo espantó la sirena de la ambulancia que, como es obvio, llegó demasiado tarde. Una vez en el hospital, muerto ya, no me querían admitir por no tener la tarjeta del seguro social. Entre los curiosos me habían desvalijado la billetera y el reloj. El reloj no me importa porque ni para dar la hora servía, pero la billetera sí me duele porque era de piel de camello y me traía recuerdos de Elisa. En la funeraria me probaron seis cajones pero ninguno era de mi talla. Finalmente, para ahorrar dinero, mi mujer se decidió por uno imitación caoba y como no cabía en él, me quitaron los zapatos y me doblaron los pies. Ahora me van a enterrar con las medias rotas. ¡Yo que sólo ganaba noventa mil pesos mensuales! Mi mujer al principio se puso a llorar, pero cuando le dijeron que el seguro de vida pagaba novecientos mil pesos, lo único que dijo fue: "Entonces no ha pasado nada, es como si se fuera a morir dentro de diez meses". Aquí estoy en la sala de mi casa esperando a que me entierren. Recostada en una pared está la corona barata que me mandaron los compañeros de la oficina. Sólo Gil vino a despedirme. Le debía veinte mil pesos y ahora está consolando a mi mujer.

Nunca me gustó esta sala. Las paredes están cubiertas de cuadros descoloridos y los muebles están raídos. Jamás me imaginé que mi última espera la pasaría precisamente en este sitio. Cuando Gil y mi mujer me dejaron solo, un ratón se asomó por la tapa del ataúd y casi me mata del susto. En estos momentos me conformaría aunque fuera con un café sin azúcar, como los que me preparaba Elisa. Se ve que está haciendo frío. Ahora no puedo llamar ni siquiera a Elisa para despedirme. La conocí hace tres años cuando trabajaba en el juzgado haciendo su tesis. Ella era estudiante de derecho. Nos enamoramos ahí mismo. Consuelo nunca supo nada. No valía la pena decirle, ella era muy celosa y su reino era la cocina. ¡Quién la ve ahora! ¡Mosquita muerta! Tan arrimada a Gil y ni siquiera me llora.

Esta noche estaría yo tomando cerveza y jugando tejo como todos los domingos, en cambio me toca pasar todo el fin de semana muerto y aguardando mi propio entierro. Si por lo menos me hubiera muerto un lunes o un martes, no habría tenido que ir al trabajo y hoy estaría divirtiéndome. El colmo de la mala suerte: morirme en mi día libre.

Ahora me toca esperar a que sean las once de la mañana, me metan en el cadillac negro y me paseen por todos los huecos del barrio. El cura debe de estar contento. "Por fin se murió este ateo", dirá tapándose la nariz cuando me entren a la iglesia oliendo a muerto. Me estremece la idea de tener que escuchar una misa. Será la misma ceremonia de siempre que me atormentaba desde niño: el cura cantando con su voz ronca, la iglesia llena de incienso y un poco de viejas llenas de arrugas llorando al muerto de turno a moco tendido. Siempre he sido alérgico al incienso, ya me veo estornudando en medio de la misa. Pensar que por eso cobran dos mil quinientos pesos. Yo no pagaría ni un peso por una misa de entierro. Después, cuando acabe la misa y se oigan las campanitas del vendedor de paletas a la puerta de la iglesia, me llevarán al hueco. Quién sabe quién me toque de vecino en el cementerio. Me imagino que uno no tiene derecho de escogerlo. Dios me libre, porque si me toca una paisa habladora me tocará quedarme toda una eternidad despierto escuchando sus quejas y sus lamentos. ¿Qué pasará cuando lleguen los sepultureros, doblen las campanas por última vez, me pongan la lápida y todo se quede a oscuras? No quiero ni pensarlo. No sé por qué, pero en estos momentos, preferiría estar como cada día, simplemente archivando papeles en la oficina del juzgado, o jugando billar en El Aventino. ¡Una noche es una cosa muy larga cuando uno está muerto! Todavía faltan diecisiete horas para que me entierren.

•••

Desde la vitrina

Cecilia López Ridaura, México

Sus ojos me recorren palmo a palmo. Se detienen en mis manos engarfiadas y tensas, las uñas largas. Se fijan en mis pechos marchitos, en mi piel acartonada, en mi pelo sin vida. Los veo pasar. Uno tras otro se amontonan en el estrecho pasillo, las caras casi pegadas al vidrio. Sus miradas hieren mis piernas huesudas rematadas por las medias flojas y los botines de charol polvorientos.

No saben de la obscuridad opresiva y asfixiante, tan lejos de la luz de los focos que ilumina sus miradas. No se imaginan siquiera los ruidos enloquecedores. Nuestras muecas de terror les hacen gracia. Piensan que ellos sí encontrarán la paz, que descansarán, que si fueron buenos y obedientes no hay nada de qué preocuparse.

Paloma Díaz del Rincón, por la mañana sale de su casa; el vestido blanco hasta los pies, medias de seda, botines blancos de charol, azahares en el pelo, gardenias en la mano izquierda, en la cara una sonrisa forzada. A su derecha va don Anastasio Díaz, su padre.

Paloma Díaz del Rincón, por la madrugada regresa a su casa, desnuda, tapada tan sólo con una sábana blanca inmaculada, sin zapatos, en el brazo izquierdo tiene los dedos incrustados del marido que la jalonea. En su cara un moretón ya se empieza a obscurecer.

Paloma Díaz del Rincón, sentada en la sala de la casa paterna finge no escuchar la pregunta que su padre le escupe furioso luego de oír a su marido. ¿Quién fue? Ella calla sin despegar la vista de sus pies magullados por las piedras del camino. Ni modo de hablar, de contar lo del río, de las manos de Simón en su cintura, ni modo de hablar de los besos bajo el pirulo de la sangre escurriendo por sus muslos.

Paloma Díaz del Rincón siente el primer contacto con el cinturón de su padre y piensa que se quiere morir. Al segundo golpe cree que le falta poco, que lo va a lograr. Con cada golpe, consigue detener su respiración, apagar su corazón un poco más. Ya no siente su carne ensangrentada ni la severa mirada de su marido recriminándola. Ya no la lastima la vergüenza de don Anastasio Díaz.

Paloma Díaz del Rincón sale de su casa al medio día; el vestido negro hasta los pies, medias de seda, botines de charol, crisantemos en el pelo, en las manos un rosario. Siguiéndola con el entrecejo fruncido, va su padre. Doña María Luisa del Rincón, toda de negro, arrastra los pies junto a él. Poco más atrás va el marido con la honra recobrada. Paloma va acostada sintiendo el movimiento de los hombres que cargan su caja de madera aliñada con cintas negras por fuera y satín blanco por dentro, la tapa de cristal.

Se detienen y siento que me bajan poco a poco. Llego al suelo y sigo bajando, despacio, más y más abajo. Veo las caras asomadas en el rectángulo que es la tierra. Todos me miran compungidos. Yo sigo bajando. Luego me detengo, ya llegué al fondo. Me avientan flores y tierra, uno a uno mis deudos se despiden de mí. La tierra va tapando lentamente la luz y los sollozos de mi madre. Ahora todo es silencio y obscuridad. Me da miedo y para distraerme trato de pensar en Simón, sólo en Simón.

Y pienso y pienso pero entonces tengo que dejar de pensar porque oigo que la caja cruje y tengo frío. No sé cuánto tiempo llevo aquí, si horas, si meses o años. El miedo no me deja recordar nada, ni siquiera a Simón. Y oigo como algo trata de entrar. No sé lo que es, pero lo sospecho y mi piel se eriza de terror. Son los gusanos, miles y miles de gusanos que se arrastran sobre mí, que me cubren con sus cuerpos blandos, gelatinosos y fríos, que se meten silenciosamente por los oídos y por la boca y por los ojos y empiezan a comer despacio, casi sin que se sienta, alimentándose de mi cuerpo y arrancan mi piel centímetro a centímetro con sus besos. Y entonces logro moverme y trato con todas mis fuerzas de romper el cristal fortalecido por el peso de la tierra que lo mantiene en su sitio, y rasgo el satín y araño la madera y grito, grito como nunca antes, ni viva ni muerta, lo había hecho y mi cara se endurece con la boca en forma de grito.

Pero no, no son los gusanos los que vienen; lo que trata de entrar son las voces de los que me rodean, que se quejan y gritan, como yo, de frío y de miedo. Por las grietas de mi caja van entrando los lamentos espantando a los gusanos que torpes y ciegos huyen de aquí. Con las voces entra también la tierra salitrosa y se me pega a la piel como una costra, endureciéndola.

De pronto entra la luz. No sé cuanto tiempo ha pasado, no me acuerdo. Hay muchos hombres que me miran con curiosidad. Retiran lo que queda de la caja y cepillan el

cuerpo con una brocha tratando de no romperlo. No pueden evitar que se caigan dos dientes; cuentan los que quedan y apuntan el resultado en una libreta. Cuidadosamente desprenden los jirones en que se ha convertido el vestido, dejando sólo las medias y los botines. Uno de los hombres se mete el rosario al bolsillo cuando cree que nadie lo ve. Al fin terminan. Satisfechos le amarran una etiqueta al dedo gordo del pie derecho. Meten el cuerpo en otra caja que ahora tiene el cristal a la derecha.

Dentro de la vitrina, desde el fondo de mis pupilas blancas de cal veo los focos que iluminan los pasillos y las caras casi pegadas al vidrio, de los visitantes que, por cinco pesos, vienen a ver la muerte.

•••

Leyéndote muerto

Maria Elena Lorenzin, Argentina, Australia

Me persigné al bajar las escaleras. Fue un acto mecánico, repetido tantas veces que ahora no sabía si era sentido o no. Volví a mirar el reloj para cerciorarme de la hora. Al pasar por la sala no me reconocí en el espejo que ahora me devolvía, bajo el cargado maquillaje, un rostro joven, algo ajado por un sentimiento de culpa que me venía alejando del sueño desde hacía un tiempo. Apreté los labios, buscando la complicidad de mi cuerpo pero éste me respondió con un escalofrío. Caminé a la estación de trenes cerca de casa. Un hombre de mediana edad esperaba el tren. Lo miré con detenimiento. Era un frío día de invierno y el hombre llevaba unas ojotas que dejaban ver unos dedos retorcidos por la artritis. Las uñas, en completa anarquía, pedían a grito un pedicuro. No podía dejar de sacar los ojos de esos dedos rugosos y retorcidos que se me mostraban tan descaradamente. Una sensación de náusea se adueñó de mi cuerpo que ahora tiritaba como una marioneta manejada por manos inexpertas. El hombre me miró pero no dijo nada. Mejor, -- pensé--, no habría sabido contestarle la más elemental pregunta. Tampoco hacía falta. Su mirada me hizo recordar que no iba a ser fácil. Quise escapar, desandar los pasos, regresar a casa, buscarme en el espejo que me había desconocido, pero fue inútil. El tren no tardó en llegar. Dejé que subiera el hombre y, todavía indecisa, esperé hasta que el guarda diera la señal de partida, para finalmente abordar el tren. Después de "validar" el boleto, me senté enfrente de un señor embebido en la lectura del periódico matutino. El hombre de la estación se levantó de su asiento e inexplicablemente se sentó a mi lado. Un frío glacial invadió el vagón. Las uñas, como garras, parecían cobrar vida propia, invadiendo mi espacio como un dique desbordado. Las sentí tan cerca que no pude evitar un escalofrío por todo el cuerpo como cuando venían ellos, siempre de blanco, con sus pinzas como tenazas, y me arrancaban las uñas, una a una y yo que quería gritar y no podía y no podía... ¿Sería acaso uno de ellos? ¿Qué hacía en este tren? ¿Por qué se había sentado a mi lado? Arranqué con esfuerzo mis ojos de sus uñas y entonces las vi a ellas, todas de negro, alineadas, enfrentadas, rigurosamente enlutadas. ¡Qué

viudas más extrañas! -- pensé. Un verdadero ejército de mujeres jóvenes y de mediana edad vestidas de negro para un velatorio sin muerto alguno. Y yo, ¿no era también una viuda sin muerto? Me miré la ropa, de la que se habían escapado los colores y traté de recordarlos, como un náufrago en busca de tierra firme; pero fue inútil. Por más que trataba, los colores se alejaban y me dejaban en un mundo blanco y negro. Volví a mirarlas. Todas iguales, sólo en la blusa blanca, blanquísima se permitían cierta originalidad. Qué extrañas estas viudas sin difuntos que viajan tan temprano en el primer tren de la mañana. Pintarrajeadas y ¡de negro...! De negro ¡y pintarrajeadas...! -- me repetí a mí misma después de tanta observación barata. Cuando salgan del tren correrán en tropel a los grandes almacenes, no a comprar como frustradas amas de casa sino a vender sonrisas en cada: *"Good morning, have you been served? How are you today? Have you had a good day?"*, sin importarles nada de lo que dicen.

El hombre de enfrente de mí lee el diario como si fuera el único pasajero en el tren. Una enorme barrera de papel se despliega, separándonos. Curiosa, trato de leer gratis lo que se me impone tan descortésmente. Cuando finalmente ha conseguido doblar el diario en la página apropiada, después de varias tentativas inútiles, alcanzo a ver tu foto. Vaya, lo conseguiste, una nota tuya en primera plana, no serían en balde tantas lejanías, tantas ausencias. Tu cámara, siempre tu cámara penetrando el dolor, mostrando rostros deformados por el miedo, engullidos por el hambre o detenidos en la espectacularidad de la muerte. ¿Es que hace falta que corras tanto, que estés siempre violando las fronteras del dolor? Y mi dolor, ¿acaso no es dolor? Y mi soledad, ¿no es soledad? Y mi miedo, ¿no es miedo?

El tren vuelve a parar en otra estación. Las mujeres de negro no paran de parlotear; no presto ninguna atención a tanta cháchara, no me interesa.

El hombre ha vuelto a ponerme el diario tan cerca que ahora puedo verte mejor. Joven fotógrafo muere en atentado terrorista. ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Dónde? ¿En qué momento se fue todo, en qué momento te fuiste? Tú y yo = nosotros. Tú = yo. Yo = tú. Una lágrima cae silenciosa por mi rostro, buscando la complicidad de otras lágrimas que la siguen hasta tener el complot perfecto. El señor da vuelta la página, se da cuenta y por encima del diario me echa una mirada compasiva, ampliada por unas gafas monstruosas. *"Pobre mujer, la habrá abandonado el marido"*, habrá pensado antes de enfrascarse nuevamente en la lectura salvadora. Como queriendo protegerse del dolor cercano, --Bosnia, Eslovenia, Ruanda, están muy lejos -- yo estoy muy cerca, vuelve a acercarme el periódico como si yo fuera tan miope como él. Leyéndote muerto, pienso en tu mujer, la que a partir de mañana comenzará a vivir la mitad de su vida, *"A partir de mañana comenzaré a vivir, la mitad de mi vida, la mitad de mi muerte..."*, la que a partir de mañana será tu viuda, tu viuda oficial, per sécula seculorum, amén.

Tú y yo éramos nosotros, tú y ella eran ustedes, erais vosotros, tú eras, vos eras, ella es y yo soy. Linda lección de gramática. Ella estará sola; yo estaré más sola aún. No, no estaré sola, tengo un pedazo de ti, una tajada de ti, algo tuyo y mío que hoy quería destruir para no dejar huella alguna de tus promesas vanas, de tus retazos de tardes y de noches robadas a la otra. *"Verás cómo de este año no pasa. No la aguanto más"*, pero parece que

la aguantabas y cómo la aguantabas. *"Cariño, comprende que no puedo dejarla, me necesita"*, como si yo no te hubiera necesitado nunca, cretino. *"Ya, no te pongas histérica, la dejaré, te juro que la dejaré, dame tiempo".* ¿Cuánto tiempo querías? ¿Una eternidad? ¿Toda una vida?

¡No! ¡No! Y ¡No...! No voy a dejar que te me vayas. Lo tendré, será mío, solamente mío. La viudita nunca te dio un hijo, ni acostándose con un ejército te lo daría. Pero yo sí, yo sí.

El hombre de las gafas me mira con espanto".*Señora, ¿se siente usted bien?"*, me dice mientras trata nerviosamente de doblar el periódico con una meticulosidad enfermiza. *"Señora, ¿se siente usted bien?"*, vuelve a repetirse, ahora con el periódico cuidadosamente guardado en el pulcro maletín de ejecutivo. No le contesto, ¿para qué? no lo va a entender. Me limito a sonarme la nariz y a exterminar las indómitas lágrimas con un kleenex que ha sido reciclado varias veces.

A modo de epílogo.

Ahora la veo mejor, está enfrente de mí, ha vuelto a tomar el tren. La miro de reojo. No es bella pero irradia una rara belleza. La miro y me sonríe con una sonrisa cómplice. Yo soy, yo era, yo fui esa muchacha del tren.

•••

Memoria de la Huestia **(Basado en leyendas asturianas)**

Agustín Celis Sánchez, España

La abuela nos contaba viejas leyendas de la Santa Compaña y mamá se reía de ella y de sus historias. Papá le decía que no nos asustara con las viejas supersticiones del pueblo, que nos iba a convertir en hombres temerosos y cobardes a mis hermanos y a mí, que todo aquello eran patrañas de viejas aburridas, que lo que algunos llamaban la Huestia y otros la Compaña, no existía, y que aunque la muerte nos iba a llegar a todos algún día, no iba a venir primero a prevenirnos con campanillas y teas encendidas y toda una procesión de muertos acompañando a la Muerte.

La abuela la llamaba la Estadía, y contaba que iba envuelta en un hábito negro y no tenía cara, olía a la humedad de los sepulcros y mostraba su presencia sólo a quienes se iba a llevar, y sólo en ese instante, pero que algunas personas especialmente sensibles podían percibirla por una brisa húmeda que entraba en la habitación del moribundo unos segundos antes de morir. Sin embargo a la Huestia sí la conocían muchos, incluso la abuela la había visto, cuando joven, el día que murió su hermano Juan, y le habían hablado algunos de la procesión, y hasta le habían revelado un secreto.

Yo ya sé lo que es la Huestia, y sé el lugar que cada uno ocupa en la comitiva y sé el lugar que ocupo yo. Conozco a diario el cometido de cada noche y adónde se dirige el personaje que nos precede, y sé cómo es Ella y cuál es su olor, porque he andado a su lado demasiadas veces cada vez que he servido de aviso a uno de los míos.

La abuela vivió tantos años sólo para que supiéramos de la Huestia y nunca nos olvidáramos de su existencia. Estaba destinada a devolver el recuerdo a nuestra familia, que lo había perdido hacía tanto tiempo. Cada vez que en nuestra casa había duelo por un familiar la abuela rememoraba viejas historias de aparecidos y siempre, sin excepción, decía haber visto la noche anterior a todo el coro de sus antepasados velando en las cercanías por el alma del moribundo.

Cuando la abuela murió ya nadie habló de la Huestia, y aunque al año siguiente le siguió la Tata Mamen y después el tío Luis, nadie volvió a recordar aquel secreto que nos contó ella tantas veces, y que debía permanecer vivo en nuestra familia, y recordado por todos, y creído, para que algún día dejara de obrar la condena que rige el destino de toda mi estirpe, que cada mujer de la familia ha de penar el castigo de sobrevivir al menos a uno de sus hijos, como escarmiento por una antigua ofensa de un antepasado demasiado soberbio.

Yo debía haber advertido a mis padres la noche antes de mi Primera Comunión, cuando vi a la abuela en el jardín de la casa con todos sus antepasados, velando por nadie y sin embargo llorando. Tuve miedo entonces y callé para que nadie pensara que estaba nervioso por la celebración del día siguiente. Nada dije entonces de lo que había visto y nadie pudo saber que mi muerte estaba destinada a servir de recordatorio de la vieja condena que pesa aún sobre las madres de mi familia.

Todo el pueblo celebró aquel día junto al río una enorme merienda para festejar la Comunión de todos los niños. Había de todo y cuando ya nos habíamos saciado nos metimos en el agua y comenzamos a echar carreras de una orilla a la otra para comprobar nuestra resistencia. Ocurrió a mitad de camino de las dos orillas, se me enfriaron los pies y me quedé sin fuerzas y allí parado. Los brazos no me respondieron y noté un frío extraño en todo el cuerpo. Me fui hundiendo poco a poco y allí en el fondo me esperaba Ella, sin rostro como siempre la he visto y sin embargo tan acogedora.

Me encontraron a los tres días, inflado como un globo, y me enterraron en el panteón familiar junto a la abuela, a quien acompaño con mi tea encendida cada noche, hace ya tantos años, cuando hacemos la ronda que avisa al mundo de que alguien va a morir. Y algunas veces son los míos.

He sabido que la hija de mi hermana está enferma y que los médicos que la han visitado no dan con su mal. He sabido que su mal ya no tiene remedio. Y he sabido también, por mi abuela, que está escrito que esta noche yo acompañe a la Estadía hasta el cuarto de la hija de mi hermana, donde ella la estará cuidando. Ya está escrito que mi hermana me verá y juntos lloraremos la pérdida, mientras la muerte le arrebata a su hija en la cama sin que ella pueda verlo. Luego yo me llevaré a la niña de la mano al lugar donde esperamos todos.

Ojalá que mi hermana comprenda.

•••

Estación imposible

Enrique Fernández, España, Canadá

Cuando se despertó de mañana tras los sueños agitados de la noche, se encontró con que la fiebre había desaparecido. Sin que nadie le viera, salió de casa al alba, llevando sólo lo necesario para un agradable paseo por el campo, una decisión que nunca tendría tiempo para lamentar lo suficiente. No son estas tierras benévolas, ni tampoco lo es su sol abrasador, con el caminante que se atreva a atravesar sus parajes desiertos en esta época del año, más propicia para dormitar en la penumbra fresca. Las primeras horas se sucedían placenteras mientras caminaba en el frescor de la mañana por terrenos yermos y agostados. La monotonía de los campos segados era rota solamente por algunos cerros pelados de laderas calcinadas. Y poco a poco, inexorablemente, el sol subió a lo alto del cielo.

No tardó mucho en maldecir el impulso que en mala hora le había hecho salir a ser calcinado bajo aquel sol de justicia y devorado por las moscas que se agolpaban sobre su cabeza hasta no dejarle respirar. Zumbaban en sus oídos y trataban de introducirse en sus fosas nasales resecas por el calor. Cuando vadeó el cauce seco del río aprovecharon su respiración jadeante para metérsele en la boca, y tuvo que escupirlas en una saliva espesa con sabor a polvo. Cuando ya el sol había alcanzado su zénit y sus ropas estaban empapadas por el sudor, distinguió a lo lejos una construcción, extraño desafío a la horizontalidad de aquellas soledades donde ni siquiera un árbol se levantaba sobre las hierbas y los matorrales. Sin dudarlo un instante se encaminó hacia allí, buscando una sombra amiga que le permitiera pasar las horas centrales del día apurando lo que de agua le quedaba y las escasas vituallas que había traído para esta jornada. Durante unos minutos interminables marchó a buen paso, chorreando sudor y devorado por el enjambre de moscas. Al acercarse más distinguió los detalles de lo que se le antojaba un fresco lugar de descanso para su fatiga sudorosa: una construcción de dos pisos, abandonada a juzgar por el ruinoso estado de sus muros, tejados y ventanas. De las cuatro ventanas, dos en la primera planta y dos en la segunda, sólo una conservaba atributos para merecer ese

nombre. Las otras tres, ya simples agujeros sin restos de madera ni cristales, miraban sombrías sobre un horizonte de una claridad cegadora. El tejado estaba cubierto por todo tipo de hierbas, como si los edificios, al revés que los hombres, tuviesen que esperar a la vejez para lucir abundante cabellera. Los muros de cemento, de puro desconchado, apenas dejaban adivinar restos del antiguo encalado, con grietas que delataban el desgaste de la intemperie.

Cuando por fin llegó hasta el edificio lo rodeó para huir del sol, y cuál no sería su sorpresa al descubrir que estaba en una estación de tren abandonada. De repente a este lado se encontró con un pequeño andén, en el que las hierbas que crecían en los entresijos del adoquinado luchaban desesperadamente contra las losas por sobrevivir. Muchas de las losas se habían desprendido y eran devoradas por la hierba que las digería lentamente entre sus raíces. Al final del andén las hierbas truncaban súbitamente las vías del tren, como una extraña vía muerta que desembocase en la llanura de campos segados sin límites que le rodeaban. Los raíles oxidados y las traviesas resecas habían creado un involuntario jardín de rectángulos de espinos que crecían entre las piedras. El edificio de la estación se prolongaba por el lado del andén en un tendejón que albergaba tres bancos de madera resquebrajada, con restos de pintura en las esquinas y clavos de hierro en avanzado estado de desintegración que dejaban chorretes rojizos en la madera al disolverse. Al inspeccionar con más atención el interior se dio cuenta de que nunca nadie se había sentado en aquellos bancos para esperar trenes que nunca llegaron, y que nadie había despedido desde aquel andén con llanto a seres queridos que nunca se habían ido. El interior estaba inacabado, los tabiques abandonados a medio hacer, en una esquina una pila desmoronada de ladrillos, unas cuerdas y una carretilla inservible abandonada al final de una jornada de trabajo que fue la última. Con un sentimiento de tristeza apuró el escaso almuerzo que en la boca reseca le supo a tierra, sentado en uno de los bancos a la oscura sombra de aquella estación tan deshabitada. Decidido a esperar a que bajara el sol para emprender el camino de regreso a casa, se reclinó lo más confortablemente que la madera dura y seca le permitió. No tardó en adormilarse.

No sé durante cuánto tiempo estuve así adormilado. Sentí un escalofrío, como si estuviera en una corriente de aire frío. Entonces supe que alguien me observaba, y mis ojos se abrieron rápidos con miedo. Sobre el banco de enfrente está echado un perro de dos palmos de alzada, con una cabeza a todas luces demasiado grande para su cuerpo que parece soportarla a desgana. Uno de sus ojos es de una blancura opaca y el otro me mira pero parece que está mirando a través mío, a algún punto en la distancia. La inmovilidad del animal me tranquiliza. Es muy viejo; su pelaje ralo y descolorido, de una tonalidad de gris difícil de definir; sus mandíbulas encajan mal y sobresalen unos dientes desgastados y amarillentos que en su día debieron ser feroces y amenazadores. Al jadear con bocanadas lentas saca una lengua amoratada y temblorosa. Así estamos, frente a frente, durante unos segundos hasta que me decido a ofrecerle los restos de mi almuerzo. El animal no muestra intención alguna de acercarse, así que le lanzo un trozo de pan que aterriza entre sus patas delanteras. Sin ni siquiera mirarlo se levanta, desciende penosamente del banco e indiferente cojea hasta el borde del andén.
Entonces veo que un hombre se acerca siguiendo la vía con paso tranquilo. El perro mueve cansino el rabo y comprendo que está dando la bienvenida a su dueño. Tiene unos

treinta años, vestido con las ropas propias del campesino: camisa blanca remangada, pantalones azules de un género basto, unas alpargatas también azules y una gorra visera de color oscuro. El sol sigue en su zénit. A medida que se va aproximando puedo distinguir un hombre alto y fuerte, de rasgos finos y bien parecido, y con la tez muy clara, sobre todo para alguien que pasa largas horas en el campo bajo el sol. Sus ojos son negros, como su pelo, y sus fuertes manos huesudas denotan pericia, y no cuesta mucho imaginárselo segando los agostados campos con gesto fácil. El también me ve y me dirige una amistosa sonrisa al mismo tiempo que con la mano derecha se toca la visera en gesto de saludar y con la izquierda rasca la cabeza del perro. -"Buen día tenga el caminante", me dice manteniendo la sonrisa con tono grave y voz agradable y pausada. -"Buenos días a usted también, aunque mejor sería si no fueran tan buenos y refrescase algo" -"Yo ya estoy acostumbrado al calor y al frío, son ya muchos años trabajando al sol o a la lluvia. Uno se hace a todo". Efectivamente no da muestras de estar acalorado, sin que la menor gota de sudor delate el sofocante bochorno que nos envuelve. -"¿Mucha faena hoy?", le pregunto por cortesía y sin saber cómo interrumpir el silencio forzado que ha surgido. -"Siempre hay algo que hacer, cada día de cada estación, año tras año. Esto es un trabajo que no tiene días de descanso. Unos más y otros menos, como hoy, pero siempre algo" -"Ya veo que no trae ningún apero", le digo -"No, para la faena de hoy no hace falta". Mientras me dice esto me doy cuenta de que está escudriñando el horizonte por donde se pierde aquella vía difícil de distinguir entre los matorrales. Con una sonrisa y por seguir la conversación le pregunto: -"¿Qué? ¿Esperando al tren?" Me quedo atónito cuando apunta con la mano hacia el horizonte y contesta: -"Sí, y llegará puntual como siempre, ya se le ve". Me vuelvo para mirar y creo que estoy ante un espejismo: no muy lejos, silencioso, avanza hacia nosotros un tren, sin ruido ni humos que delaten su presencia. -"Este tren siempre llega a su hora", repite aquel hombre.

Yo no puedo articular palabra y durante unos segundos que me parecen eternos no aparto los ojos del convoy que se acerca lentamente hasta que entra en la estación: la máquina es anticuada, quizás de vapor pero no deja salir ningún humo. Al llegar a la estación y frenar emite un prolongado chirrido. Los tres vagones de madera barnizada y reseca, cubiertos de polvo, amortiguan con un golpe hueco la brusca parada. Luego ni un sonido, todo silencio, un silencio profundo al que envuelve aquel calor paralizante. -"Ya le dije que este tren siempre llega a su hora. Además hoy no va lleno". Me acerco al primer vagón que tiene las puertas abiertas pero nadie se baja. Los cristales están cubiertos de polvo y el sol se refleja en ellos. Con la mano limpio el polvo de uno de los cristales. Miro al interior y está lleno a rebosar: hombres y niños cubren los bancos y comparten apretujados el suelo del pasillo. Todos inmóviles, todos callados, todos diferentes pero iguales. Miro al pasajero que está al lado de la ventana. La sangre le cubre el pecho del uniforme militar formando una costra endurecida sobre la que varias moscas se han posado. La cara manchada de lodo y sangre, con los ojos inmóviles congelados en una mirada de espanto. Y en ese rostro me reconozco a mí mismo con dieciocho años muerto en una guerra a la que nunca fui. Junto a él estoy yo vestido de primera comunión con la mirada triste de los niños muertos. En el suelo estoy yo con un tiro en la sien del que sale un hilo de sangre que cae sobre una barba que nunca llevé. En el vagón estoy yo inmóvil en cada asiento, en cada ventana, en cada esquina. Allí estoy yo horriblemente desfigurado por una explosión. Allí estoy yo sentado como si durmiera. Allí estoy yo

consumido, con el perfil afilado por la fiebre, mechones de pelo pegados a la frente por el sudor frío que se ha secado, envuelto en una mortaja blanca.

Entonces, en el andén, el hombre pone sobre tu hombro la palma de su mano que sentirás como un pedazo de mármol a través de tu camisa en la que el sudor se habrá quedado frío. Entonces el perro romperá aquel cuadro de inmovilidad y renqueando subirá al tren. El animal desde la plataforma del último vagón mirará impaciente a su amo, que dirá amistoso: -"Bueno, ya veo que éste no es su tren, sea paciente". Y se subirá al tren que chirriando, como al llegar, empezará a moverse. Antes de que se cierre la puerta del vagón te hará un gesto de despedida tocándose la visera con la mano izquierda, mientras el perro, por primera vez, te mirará fijamente con su ojo sano y enseñándote los dientes amenazadores emitirá un gruñido que te helará la sangre, y el tren se alejará lentamente por la llanura y tú te quedarás envuelto por un silencio que nunca antes habrás oído y que te cubrirá frío como un sudario y el sol seguirá en su zénit.

•••

Encuentros a deshoras

Jorge Rivera Rojas, Perú

Los años no pasan para los fantasmas. Su vida o lo que sea está detenida en un presente sin alteraciones y ella no puede ser un fantasma, no ahora que debe andar por los treinta o los treinta y cinco. Los muertos no envejecen y ya no sé qué pensar. La he visto, he sentido su respiración, sus manos casi tocándome, casi diciéndome: aquí estoy y ¿cómo te ha ido?, comentarios comunes de gente que se ve luego de tiempo, pero si ella es un fantasma, a nuestro encuentro le falta lo lúgubre, lo oscuro, el escenario típico y el miedo apropiado, porque miedo si hay, pero es otro, es el miedo de lo ilógico, de lo inconsecuente, porque ella toma esto del modo más natural, cosa que yo no puedo hacer.

No quiero volver a verla porque me altera los días. Ella quizá ya ha ordenado su vida, donde es posible que no quede lugar para estos sobresaltos, pero ahora que a los dos se nos fue de bruces la seguridad, ahora que las dudas van a ser pequeños actos: mirar de reojo, buscarnos mutuamente las voces en conversaciones ajenas; que también se volverán costumbres y que tal vez no la dejen dormir porque la confianza en las rutinas cotidianas se ha desvanecido; los encuentros pueden volver a repetirse aunque mudemos de itinerarios. Ya nos reconocimos y nada va a evitar este desamparo. Y se ha de estar preguntando por qué la rehuyo. Lo peor de todo es que no sabrá que no la culpo a ella sino a mí, y que ahora no voy a soportar tener que convivir con eso que otros llamarían con gusto "extraño", "misterioso" o más sensatamente "imposible".

No creo en lo sobrenatural, aunque me encantaría, porque así este nudo en la garganta, este absurdo que transgrede mi sana lógica no existiría. No habría espacio para esta incertidumbre que se esconde tras los espejos, las manos extendidas y las cinco de la

tarde. No volvería a andar buscándola, temeroso de encontrarla en cualquier multitud. Imposible ocultar mi cautela en avenidas y microbuses hasta que todos terminan por darse cuenta y yo sin saber cómo explicar esta insensatez así como tampoco puedo explicar ahora esa lápida donde se lee su nombre.

Ella es una amiga que murió joven, con todo lo doloroso que eso puede ser: un estupor, un temblor en la mirada y el fastidio de repetir frases insípidas a la familia pero que son lo único que llena ese abrazo húmedo y cortés. No quiero parecer cínico, pero su muerte no fue para mí sino una ceremonia, un féretro blanco al que ni siquiera me acerqué y algunas gentes que lloraban. Me dolió, porque lo brutal de su muerte significaba quitarle la poca base que tenían algunas de mis fantasías, donde el futuro nos descubriría juntos. Asumir la idea de que ella no es más alguien a quien poder cogerle la mano me ha resultado difícil. Pero el filtro del tiempo con su esmero constante sólo ha dejado de ella un sutil recuerdo, algunos silencios entre amigos, sobre todo cuando su breve sombra nos moja los labios y algunas flores en ocasiones especiales. Aun así he seguido pensando en ella, la he dejado atravesar mis ilusiones y habitar mis anhelos con su inasible amabilidad. Todo esto no pasaría de ser una visita a la imaginación si es que hace unas semanas no la hubiera vuelto a ver. ¡Era ella! Sólo que con diez o quince años más, pero todavía conservaba su misma cara de conejito, sus gloriosas piernas aunque sin minifalda y llevaba un peinado discreto. Me quedé observándola del modo como se mira a alguien sin estar seguro de reconocerlo hasta que un remoto chispazo, un vacío dulce me indicó que era ella, tal como la había imaginado, salida de un futuro que su muerte nos escamoteó.

El primer argumento, el más tranquilizador, es el del parecido. Pero ésta no es una historia de rasgos semejantes, eso sería muy sencillo y no fue así, porque la volví a encontrar en otras oportunidades y el extrañamiento fue aumentando, ya que con el tiempo uno va reconociendo gestos, actitudes y otros pequeños detalles que son parte de una persona y que no pueden ser simplemente coincidencias.

Mis sensatas costumbres me impedían aventurar una pregunta. ¡Cómo se aborda a una desconocida con un pretexto tan insólito sin parecer ridículo! El sólo verla me inquietaba. Ya para entonces se parecía demasiado. Era ella, aunque más madura, más serena, exactamente la imagen que me hubiera acostumbrado a amar con los años que todavía están por venir. Al principio era yo únicamente. Pero luego ella pareció percatarse de que la observaba, y un temblor imperceptible en su mejilla, un ligero nerviosismo que de algún modo significó un triunfo para mí, me hizo darme cuenta que también ella me había reconocido. No me atreví a acercarme y la dejé desaparecer apurada pero siempre hermosa. Volví a cruzarme con ella alguna otra vez, pero entonces eso se convirtió en el juego del gato y el ratón, yo cada vez más turbado y ella como buscándome, aunque sin esforzarse mucho, dejando tal vez que sea mi timidez, mi incredulidad la que diera el primer paso.

Pero ahora siento que el tiempo se acaba. Ha empezado a presionarme, con casualidades primero: la cola del cine, la mesa de al lado en un restaurante o simplemente ahí, en cualquier lugar y a cualquier hora. Me busca, deja recados en el edificio donde vivo, que

el portero transmite con una sonrisa velada y conjeturas inútiles. Lo peor de todo es cuando me llama a la oficina, todos dicen que qué bonita voz, pero cuando yo cojo el auricular no escucho nada más que un silencio intenso y angustiante. Sé que ella está al otro lado de la línea, pero no dice nada, es como si esperara que fueran mis palabras las que quebraran este desencuentro, las que le dieran cuerda a un reloj que se detuvo porque soñar a veces cuesta y la realidad es la que siempre gana.

Hace un par de noches mientras caminaba, la angustia me llegó como un mordisco con la seguridad absoluta de haber oído su voz nombrándome y entonces la reacción mecánica de volverse para ver y encontrar su rostro, sus ojos con la misma inquietud, porque no hubo necesidad de palabras para saber que sí, que era cierto, y que si tal vez ella había logrado conjurar lo que le ocurrió, a mí no me pasó lo mismo y ya no sé si ella ha vivido dos veces simultáneamente o si yo la he vuelto a la vida con mis sueños, en cuyo caso ya perdí el tren por completo pues ahora nos separan los años que no compartimos y que no hay forma de recuperar.

Sólo recuerdo que huí sin enfrentarla. Por eso me niego a salir. He abandonado obligaciones, recreos y sonrisas a riesgo de disgustar a amigos y superiores porque temo el momento en que las preguntas sean inevitables y entonces lo terrible, lo absurdo de esta situación, me gane la batalla porque ya no puedo hacerla desaparecer ni tampoco regresar a unos años que todavía no llegan y, menos aún, reprocharme lo ya soñado porque, si no, sería despojarme de todo lo feliz que tiene este silencio que me rodea.

•••

Recomendaciones para comprar un espejo

José Cardona-López, Colombia, EEUU

-Mijo, lo quiero de cuerpo entero y ojalá con marco dorado y como quemado, dorado renacimiento, creo que así le dicen a ese dorado, así se usan ahora los marcos, la talla del marco que sea bien menudita, rococó, sobre todo muy apretada en las puntas, como de pellizcos de modistería, fijate que no tenga manchas natosas, ellas casi siempre se presentan hacia los bordes de la luna y eso indica que no es un espejo fino, el azogue debe estar bien fresco, reciente, es bueno que el espejo no haya visto mucho mundo todavía, lo más hermoso de una luna es su inocencia, su posibilidad de asombro para lo que va a ver, como si fuera un niño, también, el azogue tiene que estar intacto, si ves unas como ampollitas reventadas no te detengás en ése, es como si fuera quincalla de cartón, mirá a otro, el vidrio debe ser bien plano, que si te acomodás a unos diez metros de distancia, tu cuerpo aparezca sin ninguna deformación, es tan feo verse uno como todo hinchado en la cara o en las caderas, como un globo con tumores, un espejo así hace reír

y espejo que haga reír es más agorero que el que se rompe, recordá lo que le pasó a Martha Irene, tu prima, terminó debajo de un carro el mismo domingo que estuvo en el teatro Palmeras doblándose a carcajadas en el espejo cóncavo que tienen a la entrada, ahora la pobre anda en silla de ruedas, y la muerte repentina del doctor Medina, como a la hora de haberse reído frente al mismo espejo, así que mucho ojo con lo del vidrio plano, mijo, por mis experiencias, entre más frío es el vidrio, mejor es el espejo, creo que más fino, cuidado te traés uno de ésos que son de aumento, quiero que en él nos veamos tal como somos, entonces para qué serviría, el espejo tiene que reproducirnos tal cual somos, con el mismo tamaño del cuerpo y del semblante, querer ver nuestras carnes más grandes de lo que son es una bobada que no entiendo, y querer verlas más pequeñas es vanidad de estos tiempos, basta con la vanidad venial que nos proporciona el hecho de poder mirarnos en él, por eso te repito que lo quiero de cuerpo entero, también lo quiero biselado, con el bisel bien ancho, más que el ancho de los pulgares tuyos, a ver, mostrame, sí, más ancho que tus pulgares, es tan lindo asomársele despacito a un espejo, como si lo fuéramos a asustar, y verse uno con la cara dividida por el bisel, con dos caras, y no saber uno cuál es la real, ¡ah!, y no te olvidés hacerle la prueba del vaho, mientras más se demore en desaparecer el vaho el espejo es más frío, por tanto de mejor calidad, ojalá consiguieras uno de cristal de roca, ¡claro que ahora están tan escasos!, no importa el precio del que escojás, si no te alcanza la plata venís por más, me llamás desde el almacén y yo te la tengo lista, acordate que la gran virtud de los espejos es reproducirnos a nosotros y al mundo, ésa es también casi que su naturaleza, y algo que nos permita tamaño encanto, por cualquier precio que lo compremos es barato, tomate todo el tiempo que necesités para conseguirlo ...

Ismael sale. Cruzando el zaguán todavía escucha que el espejo no vaya a estar rayado, que te lo lustren bien antes de empacártelo, que lo mirés bien por detrás, que te vengás junto a él en la camioneta del almacén, que no lo dejés solo, que lo atisbés desde distintos sitios, que debés sentirlo muy frío por delante y por detrás ...

En la puerta del almacén, recostado a una jamba, Ismael se acaricia el mentón, golpetea el paladar con la lengua al volver a repetirse las recomendaciones. Frente a cada espejo el primer descarte que hace es el de la prueba del vaho y deja dos. Al del rincón, porque las rosetas del marco le parecen muy finas y bellas, como en cabecera de cama de palacio, le hace todas las otras pruebas. Más de hora y media tarda su cuidadoso examen en la luna. Cuando quiere voltearse para verificar cómo está la protección del azogue, no puede hacerlo, se siente inmóvil y presa de un frío rígido, metálico, sobre todo en la columna y en cada coyuntura.

Calcula su tiempo desde el de los espejos y deduce que al día siguiente de salir a cumplir con el recado de su madre, ella misma lo colgó en la sala, arriba del piano. Ahora su tiempo es exacto al de las fotografías. Cuando llegan visitas, su mamá siempre interpreta un preludio de Chopin y después llora señalando al espejo, mostrándolo a él. Ella, aún entre lágrimas, lo ve divino, con esa expresión tan teatral: el cuerpo un poco oblicuo, los ojos muy abiertos, la mano derecha a la altura de su barbilla, echada hacia adelante, la izquierda más abajo y muy abierta. Algunos dicen que quedó como si arremedara a Berta Singerman, otros como si declamara un poema dramático de García Lorca. Los más pocos aseguran que parece como si estuviera asomado por una ventana, viendo pasar una bandada de cuervos en Comala.

•••

Nocturno cuatro

Antonio Bou, Puerto Rico

Desde que me mudé a la torrecilla que da al sur por ser la más calurosa y, por lo mismo, la mejor refrigerada, a los muertos les ha dado por venir a visitarme. Quizás se deba además porque justo en la entrada de esta torrecilla hay unos tablilleros muy desordenados de contenido donde se guardan cajas como de zapatos con restos pulverizados de muertos de la familia, y los otros muertos, quiero decir los que no de la familia, pues se sienten en confianza de dejarse caer, como dicen en las películas, por mi último refugio, dicho de mejor forma, mi más reciente.

No les tengo miedo a los muertos. Por mí, si vienen tranquilos y ni hacen desarreglos ni viran los ceniceros, pueden pasarse aquí todo el tiempo que quieran. Naturalmente, uno aprecia la intimidad, pero los muertos no ocupan espacio y, si callados, en nada estorban. Los respeto, no hay vuelta que darle, y si de boya, los escucho atentamente, porque quién te puede enseñar más sobre la vida que un muerto. Luego, si se tiene en cuenta que las varas de medir verdades y mentiras en ultratumba no se dan, se torna verdaderamente delicioso registrar sus informes en este mundo cruel donde todo pasa y todo queda, como decía Machado, o donde nada verdad ni mentira, como dijera aquel don Ramón el de los lentes de colores.

Lo que dicen los muertos cuando vuelven huele a flores, no a flores de esas en proceso de descomposición que adornan los cortejos fúnebres sino a las blancas de concentrados olores, como gardenias, jazmines y, especialmente, azucenas, que ya se sabe que atraen a los espíritus que llaman buenos y dan suerte a las familias y a los negocios familiares si se ponen adentro en floreros para que impregnen los ambientes con fuerte aroma. Si el muerto quiere hablarte, sentirás profundo olor a una de esas flores y sabrás distinguir si se

tratara del auténtico olor o del de alguna fórmula aromática embotellada. Si desarrollas bien el olfato no te vas a engañar. Para ti, con tus narices en su sitio, un muerto siempre un muerto y una vecina una vecina. A ellos, que no tienen nariz, los puedes engañar, si quieres atraerlos, regando en dependencias y habitaciones esas esencias que se consiguen comercialmente. Hasta las más baratas los atraen, pura matemática, a los muertos quienes concluirán, gracias a limitaciones olfativas e ilimitadas ilusiones, que se trata de una gran fiesta a la que los han invitado.

La otra noche se me metió en la torrecilla un joven perfectamente materializado, muy correctamente vestido aunque no calzara zapatos, y comenzó a hablar sin prolegómenos en un lindo español quizás algo anticuado por lo poco cruzado con el inglés de América. Soy José, me dijo, pero no quiero que me llames Pepe. Disculpa, José, le dije, no pensaba llamarte Pepe, pero ahora que lo dices pues aún menos, ni pensarlo. Se quedó pensativo y silencioso tapándose la boca con la mano, entornó los ojos con cierta salpicadura de amaneramiento y, como si de valor se armase y las circunstancias lo exigiesen, me dijo muy mirándome de frente que ya no importaba que lo llamara José o no.

No la primera vez que hallo muerto vacilante, me importó un santo prepucio la tal veleidad. Como no tenía intención de llamarlo ni José ni Juan ni Pedro, me limité a sonreírle mientras me desvestía para adentrarme en los campos siberianos de mi casto camastrín de fraile. Advertí que se puso algo nervioso, pero luego de verme arropado, José, o como hubiera que llamarlo, se sentó a los pies del estrecho catre. No negaré que sentí al punto mi intimidad de algún modo violada, sensación como esa particular en la punta de la nariz cuando alguien se te acerca demasiado, pero como difunto el pobre José, quise por caridad cristiana y por mi devoción sincera de tantos años a las benditas ánimas del purgatorio, no tomárselo a mal.

Se sintieron en los aires sutiles acondicionados de mi alta torrecilla suspiros ultratúmbicos de alivio. José se me identificó como náufrago, colombiano y poeta. Estuvo largo rato explicándome, como si me hubiese leído el pensamiento, lo que quería decir con náufrago, ya que no pudiérasele considerar a la exacta, víctima de naufragio. Ahora yo, que cada vez le temo más a la fea alternativa de morir ahogado, llené de expiraciones de dulce alivio la atmósfera de la climatizada torrecilla. Con ello parece que José se sintió aún más confiado y disertó en monólogo por largo rato sin lograr que me aburriera y dejara de escucharlo, cosa maravillosa para que la logre un vivo, y ya qué no diremos si la logra un muerto.

De pronto, se desmaterializó por unos segundos para regresar de inmediato portando un maletín todo incrustado de corales de donde pendían algas muy vivas que llenaron por instantes de peculiar olor a mar la estancia. Del maletín parecía salir un ruido bastante raro para maletín, como de agua hirviendo a borbotones. José, sin esperar mi pregunta, me adelantó que se trataba del eco de las corrientes submarinas. La confianza que me brindas me ayuda mucho, me dijo, hace más de cien años que estaba por hacerlo, más de un siglo, pero hoy me tomó apenas un segundo rescatar este maletín del fondo del Caribe. No sabes lo doloroso que me resultó perderlo. Mi vida se arruinó por ese naufragio donde

debí haber muerto antes de haber salido a flote sin este maletín que guarda secretos importantísimos para Colombia y para el mundo.

Vaya, vaya, me dije. Asintió. Sí, vaya, vaya, y me quedan tantas cosas por hacer. Lavar el honor de mi pobre hermana se me ocurre lo primero, mi hermana que sufrió más que nadie el daño que nos hacían. Se buscó algo en el bolsillo del gabán, y sacó agarradita con índice y pulgar, el meñique siempre en punta como el de señorita que coge una rosa o que agarra una copa de fino cristal, una elegantísima tarjeta de presentación impresa en florido gótico, y me la dio. Por aquí pudimos haber empezado, Asunción, dije de broma, pero de bromas no sabía, o si sabía, ahora todo se lo estaba tomando supremamente en serio. Casi levita al responderme: ¡No vuelvas a pronunciar esa palabra, por favor! ¿Cuál? Esa, dijo apuntándola con el índice derecho mientras con el izquierdo se cruzaba los labios. Si la repites, los ángeles vendrán de nuevo a buscarme y ya no cabrá negarme, a la tercera va la vencida.

Hice silencio. También él, pero no por mucho tiempo. Suspiró acongojado y meditabundo. Vamos, Silva, le dije entonces, que no voy a volver a pronunciar esa palabra. ¡Ah -- casi gritó-- no me llamo Silva, mi familia cargó con ese castigo por siglos! ¿Qué castigo? El de usar obligada un nombre inventado por sus enemigos. Bueno, pues habrá que romper esta linda tarjeta. No, no rompas la única que me queda. Mírala por detrás, mira bien, tiene la firma de Oscar Wilde. En aquellos días, para ostentar fama y títulos de poeta había que haber pasado por París. Fui a París y alterné allí entre los jóvenes afortunados que Oscar Wilde aceptaba a su vera, dijo, retirándome la tarjeta y guardándosela de nuevo en el bolsillo del perlado gabán. De Oscar aprendí mucho. Supe por él del origen milenario de mi familia en América. De mi sangre guanche y bereber por la que me odiaban los nuevos conquistadores ignorantes de mi ascendencia. ¡Ah, malditos, mataron a mi padre como a todos mis antepasados y nos pusieron ese horrible nombre Silva, cuando debíamos llamarnos Selva, porque en la selva nos habíamos establecido desde miles de años, mucho antes de los viajes de Colón! Y tras mi muerte han persistido por otros cien años de necedad con la tal infamia.

No pude evitar mostrar cierto débil dubitativo semblante que el astuto José captó de inmediato. ¿Lo dudas? Pues venimos desde el Sahara cuando valle fértil y florido. Primero fuimos a lo que hoy se conoce como las Canarias y de allí llegamos a América. ¿Nadando? -- no pude evitar preguntármelo en silencio, lo más para mis más recónditos adentros. No, nadando no, dijo, poniendo cara muy seria, sino en barcas de juncos como las que todavía se ven hoy surcar el río Nilo. No me quedó más remedio que dejar de pensar para que no llegaran a ofender mis intimísimos pensamientos al perspicaz muerto poeta, y hasta loco quizás, que me había caído en suerte esa noche. Sin dudas temí, temer se cuenta entre las humanas virtudes, porque nunca se sabe a lo que pueda llegar un loco, y más si poeta y aparecido.

Hice extremados esfuerzos por intentar ver lógica en lo que decía José sobre los orígenes de su familia, desconocedor este humilde servidor hasta esa noche de las teorías históricas de Heyerdahl el del Kon Tiki que el poeta me explicara paciente. Me agrada tu delicadeza, me dijo, comprendo tus dificultades tratando de comprenderme, pero de

alguna manera premiaré tu hospitalidad y tu dulzura. Soy el rubio paje Abril. Advertí cierta esotérica agresividad en aquellas últimas palabras definitorias.

Comenzó a quitarse piezas de ropa. Llegó hasta una fina camisilla que mostraba un hueco dentro de un fogonazo dentro de una gran mancha de sangre coagulada. Mira, aquí tengo dibujado un corazón, justo donde queda el corazón. No veía yo dibujo sino las manchas. El dibujo lo hizo mi médico al que fui a visitar esa mañana. Un juego, sólo un juego de niños entre el médico y yo. Metiendo el dedo en el agujero dijo: esto no lo hice yo. Compinchándose con criados traidores entraron a mi alcoba esa noche y me suicidaron. Me abrieron el pecho y me rompieron el corazón. ¿Quieres ver? No, no, no quiero ver, respondí horrorizado. Pero compadecido se ablandó mi corazón y se me aguaron los ojos. Vi, sin poder evitarlo, que el rubio paje Abril se escurría debajo de mis sábanas y desaparecía. ¡Santo Dios! ¿Qué se habrá propuesto? ¿Dónde estará? Estuve tentado a gritar Asunción, para que los ángeles me libraran de lo que presentía como pesadilla violenta de satánicos íncubos y súcubos. ¡Cuán confundido!

Sentí que me penetró como un rayo por el oído derecho y que salió en un instante por el oído izquierdo. Pero un instante un siglo, como afirmaron el poeta y el filósofo. ¡Ah deliciosa sensación de bienestar la mía! Me poseyó la más armoniosa de las tranquilidades, algo como la paz en que descansarán los justos después del juicio. Perfecto orgasmo espiritual continuo y profundo como mar sin playas sentía aún al ver a José al otro lado del catre, sonreído y algo sonrojado, lo más que hubiese podido un muerto con sus circulatorias limitaciones sonrojarse. ¿Satisfecho? -- preguntó. Sí, claro, ¿qué me has hecho? -- respondí todavía aletargado. Nada malo. Lo sé. Te he dado a probar algo que los vivos desconocen. Desconocían, riposté, y me atreví a sonreírle con cierta malicia.

Se levantó entonces y pensé que ya se iba. Tenía yo el más agradable sueño, se me cerraban los ojos. Antes de que te duermas, quiero pedirte permiso para usar tu ordenador. ¿Mi ordenador? La computadora. Ah, claro, por supuesto. Disculpa, pero debo componer algo para la gran Colombia. Para que no la destruyan. Para que recupere lo que le pertenece. Sí, no faltaba más, ahí está, toda tuya, pero perdóname, yo me rindo. Me adentré en el más placentero sueño que hubiese jamás experimentado mortal alguno. Más tarde, entre dormido y despierto sentí que mi muerto se despedía. Pero no pude salir del todo de las entretelas de aquel bendito sueño para despedirlo como Dios manda. Tranquilo, me dijo, me voy, pero te dejo un documento sobre la mesa de noche, el documento que va a salvar a Colombia, a América y al mundo. Se esfumó sin que me diera cuenta, como desaparecen un beso del aura o un rayo de luz. Seguí durmiendo. Desperté ya muy entrado el día y salté ansioso a buscar el documento. En la mesa de noche no hallé sino pliegos en blanco. Pliegos blancos que al tratar de leerlos se hacían polvo en mis manos.

¡Ah! -- me lamentaba compungido, ¿polvo la respuesta? ¿polvo la salvación de Colombia, de América y del mundo? Pero no. Claro que no. El texto de José estaba archivado en mi computadora. Lo busqué. Lo encontré y le di gracias a Dios porque allí se conservaba aquel milagro cibernético. Un poema titulado Nocturno cuatro. Guardado, seguro, el futuro de Colombia, de América y del mundo, listo para imprimirse en cualquier momento o para echarse a volar por el ciberespacio a vencer la soledad por cien, por mil años, hasta que nos borrásemos, si Dios quiere y la Virgen lo consiente, de la faz de la tierra.

•••

Huesitos

Wilson García A., Colombia

1

A Huesitos la conocí en el cementerio, salía del entierro de un primo que mataron por un lío de faldas. Cuando se terminó el sepelio y todo el mundo empezó a irse, me pegué mi escapadita y me fui a ver tumbas, es que a mí me encanta ver lápidas:"Aquí yace fulanito","Mi hijo más querido","A una madre como tú", etc. Claro que mis preferidas son las de los niños porque la mayoría tienen la fotico pegada sobre el mármol y unas tienen cajitas musicales para que se arrullen los angelitos entre esos huecos tan feos. Otras que visito mucho son las de los ricos, me fascinan esos panteones enormes y lujosos, viéndolos uno como que se alegra de que la gente con plata se muera. En eso andaba, mirando un mausoleo que tenía incorporado full estéreo en el que sonaban las últimas canciones de Darío Gómez.

"Pobre tipo”, murmuré.

"Sí, pobre”, oí de pronto, y entre asustado y avergonzado volteé para ver quién hablaba, no se imaginan la impresión cuando vi frente a mí un esqueleto ¡Qué susto tan tremendo! Claro que éste no era como los otros esqueletos, como esos del colegio que se parecen más a juguetes grandes que no hacen sino estorbar o como los de las películas que sacan de la tumba una mano así medio podrida y agarran al primer fulano que pasa, no, este esqueleto era distinto, bien, bien raro; cómo sería de raro que no estaba a hueso pelado sino que vestía una minifalda negra dejando al descubierto una largas extremidades, una blusa blanca medio apretada en la que se le dibujaban las costillas y la clavícula y unos tacones altos por entre los que se le asomaban las falanges y las articulaciones. No sé por qué pero aunque al principio me dio miedo después de mirarlo bien no me pareció tan feo.

"Un mafiosito", dijo con una voz fina, inconfundiblemente femenina. "Ahhh...", contesté. "Él mismo mandó a levantar el panteón, estuvo presente en la construcción, un tipo muy organizado". "Sí, mucho..." "Mire qué mármol, esculturas italianas, epitafio de oro y qué tal el equipo de sonido, lo mandó a traer de la USA; así se muere cualquiera, ¿no cierto?" "Yo... no sé". "Sí, bueno, estoy como que exagerando, ¿no cierto?", dijo y creo que sonreía, aunque no estoy seguro. ¿Cómo estarlo? Y entre más observaba las hileras de dientes dando vueltas y vueltas alrededor de esa calavera más me mareaba, y finalmente tuve que bajar la mirada. "¿Y usted lo conocía?" "¿Yo? No, no, apenas pasaba por aquí". "Ah, ya...oiga, ¿tiene cigarrillos?" "¿Cigarrillos? No, yo no fumo, qué pena". "Ah..."

Nos quedamos en silencio un momento, el suficiente para calmarme y entrar en confianza.

"Y usted ¿lo conocía? ¿Es pariente?" "No, yo también pasaba por aquí, vengo de vez en cuando, ¿y usted?" "También vengo de vez en cuando, cuando matan algún conocido". "Ah, sí, claro, claro".

Nos volvimos a quedar sin decir nada y eso de estarnos callados como que no me estaba gustando pero ¿qué le decía, ah? ¿Qué le contaba o le preguntaba si apenas la conocía? Ella también parecía estar pensando algo, a lo mejor se estaría preguntando quién era yo y qué bicho raro me había picado para que estuviera visitando epitafios

"Bueno, chao", dijo de repente y me quedé pasmado, yo tenía unas ganas de seguir charlando porque eso sí, uno no conoce todos los días a una muchacha muerta con la que uno pueda conversar de cosas diferentes a telenovelas o minitecas, pero solamente tuve fuerzas para mover los labios y contestarle con otro "Chao" mientras ella se iba rumbo a los osarios. Si por lo menos yo fumara, si por lo menos hubiera tenido un maldito paquete de cigarrillos al menos la hubiera entretenido otro rato...

2

"Hermano eso es mejor que haga como yo, coja todos esos libros, écheles candela y mande a la mierda a Poe, a Caicedo y a Quiroga, verá que así aterriza, que deja de imaginar bobadas; yo hice así y los cuchos quedaron tan contentos que me regalaron un Supernintendo, vea si quiere ya mismo nos vamos para mi casa y le enseño como se juega eso", me decía Porras y yo sí hermano, qué bacano, más tarde le caigo; desde eso le saco el cuerpo a todos esos pendejos amigos míos, sobre todo a Porras, degenerado ese. Pero aunque todos se reían de mi y decían que me enloquecí, que tragaba muchos hongos y todo eso, yo no les prestaba atención porque al fin y al cabo lo único que me importaba era ella, ella y nada más que ella, por eso todos los días me iba para el cementerio con la esperanza de encontrarla de nuevo. Las semanas pasaban y yo estaba de aquí para allá, preguntándole a los porteros, a los de las funerarias, a los sepultureros, pero todos hacían sino poner mala cara y nunca me decían nada, parecía como si la hubieran desaparecido, como si la tierra se la hubiera tragado y yo más preocupado, más desesperado. ¿Por qué ese repentino interés por ella? ¿Por qué? No era bonita, inteligente, rica ni famosa y mucho menos tierna, no era nada, absolutamente nada, únicamente huesos sobre huesos,

un puñado de células muertas, pero quizás era precisamente eso lo que me gustaba de ella, su completa nada, su total ausencia.

Dios existe y también ella. Viajaba yo en esos días en un bus bajando por Lovaina, la cabeza contra la ventanilla, medio dormido por el bochorno, cuando entre parpadeo y parpadeo se me metió entre los ojos. Fue tan rápido e inesperado que todavía no estoy seguro si fue real o imaginario. Apenas si tuve tiempo para verla, ahí pegada a la espalda de ese cabeza rapada de chaqueta americana subiendo en una DT como a ciento ochenta. Estoy seguro que me reconoció, sí, ella me vio y me saludó, ah... qué sonrisa, qué sonrisa tan perfecta y perpetua, sonrisa que envolvía, atrapaba y devoraba, quise gritarle que me esperara, que la buscaba, pero la ventanilla estaba atrancada y aunque le grite al chofer que parara y a los del pasillo que se quitaran o los mataba, cuando logré bajarme del bus hasta el humo de la moto se había ido, ella ya no estaba. Desde eso fue que quedé así, idiota, reducido, inútil, maldito. Todas las noches en la soledad de mi cuarto veía una y otra vez ese rostro, esa boca, esa dentadura acercándose y susurrándome algo. Pronto mis papás preocupados y sin comprender lo que yo les explicaba decidieron llevarme donde un especialista.

"Señores, tienen que tomarlo con calma", decía,"las pruebas, exámenes y chequeos indican sin error alguno que su hijo sufre la peor enfermedad de todas".

Mi mamá lloraba, mi papá se aguantaba.

"Lo que su hijo padece es..." Y el médico hizo una pausa, para poner suspenso y después pronunció con inspirado acento:"A M O R".

Y nos quedamos petrificados.

"¿Amor?"
"Sí, enamoramiento, en otras palabras".
"Pero ¡Dios mío! ¿Cómo? Si este muchacho es tan sano, si siempre va a misa, si estudia, trabaja, ¿cómo, doctor? ¿Cómo?" gritaba mi mamá, mientras mi papá:
"Tranquila mija, tranquila".

Y yo los miraba chorreando babas y poniendo cara de atolondrado, del que no sabe ni entiende lo que está pasando pero por dentro me reventaba a las carcajadas.

"Lo que sucede es que no hay protección suficiente contra esa enfermedad, es por culpa del ozono, la lluvia ácida... ustedes entienden", les explicaba el doctor". No soy pesimista, pero comprendan que el amor es una peste, un mal milenario, una alimaña que se arrastra, que se esconde y ataca; puede meterse por una ventana, una rendija, ingerirse en una comida y no descubrirse hasta que es demasiado tarde, hasta que invade y corrompe el alma, dejando eso, eso que vemos aquí, un bagazo de ser humano".
"Entonces doctor ¿no hay esperanzas?"

"Bueno, la esperanza es lo último que se pierde, señora, por ahora tenemos que ver cómo evoluciona, a lo mejor se muere o mejora, por el momento llévenselo para la casa y que descanse, ah, y no se olviden de pedir otra cita para entre ocho días..."

3

Me mantenían en mi cuarto con llave y candado. Aunque de vez en cuando venían para asegurarse de que no me hubiera convertido en un gusano o una cucaracha gigantes, pero yo seguía igual o según ellos peor, porque me mantenía día y noche tirado en la cama con la mirada fija en el techo, no sé si estaban ciegos o querían serlo porque bastaba alzar la cabeza para reconocerla, para verla ahí, justo en el cielo raso, el color curtido de la pintura era como el de su cara, los huecos renegridos de las humedades eran idénticos a sus ojos y las varas de bareque asomándose por entre los rotos qué eran sino su dentadura esplendorosa, su sonrisa pura que lo llenaba todo, que me absorbía y protegía del mundo. Entonces tuvo que venir mi papá con esa maldita idea de sacarme de mi encierro, tan feliz que yo estaba. Como unos amigos le contaron que lo mejor para desenamorar era el trago, le dio por llevarme al Café.

"Mijo, olvídese de esas bobadas, vea siga estudiando, sea un profesional..." y hablaba y hablaba, embutiéndome aguardiente y yo tragué y tragué mientras esos viejos del bar qué berraquera de hijo el que tenés Hernando, ése sí es mucho guapo, y yo mareado no por el licor sino por el olor del anís revuelto con el del tabaco y el de los orinales mezclando con el del grajo. Y todo el que entraba se iba quedando: vendedores, gamines, prostitutas, rateros, emboladores, comerciantes, todos formando un corrillo que pronto llegaba hasta la calle, obstaculizando el tráfico, y la policía que venía, mientras la muchedumbre vitoreaba y llamemos a los guiness records porque este muchacho sí es el campeón, el invencible paisa, el toma-trago-toma-todo y ya iba yo no sé en qué botella cuando sonó un tango, miró con desenfado a la chusma arremolinada, gallardo levantó la copa y musitando una oración o una copla dejó que ese odio le saliera por la boca. Desde eso mi papá no va al Café, no puede --dice que si se aparece por allá fijo lo ahogan en uno de los sanitarios--, pero quién lo manda ¡ah! ¡quién lo manda a meterse en mi vida!

Pero mis papás no son gente que se dé por vencida. Católicos, criados a punta de catecismo y rosarios, al fin y al cabo. No tengo idea de dónde mi mamá sacó ese curita, ése se apareció con sus gafitas puliditas, su sotana desteñida y su aliento de diablo.

"Mijito, acuérdese que la Biblia dice..." me repetía y me contaba un montón de historias bonitas sobre tipos que habían caído en pecado y el Señor en su infinita blablabla... después me hacía repetir todo eso, con los números de los versículos hasta que me los aprendía de memoria y antes de irse cantábamos algún Salmo y mi mamá y mi papá se nos unían como buenos cristianos. Qué ternura. Juro por lo más sagrado que quise ser bueno, seguir el camino de la salvación, pero cuando uno está predestinado no vale ni rezo ni incienso y por eso, esa tarde, aprovechando que mis papás nos dejaron solos empecé a seducir al viejito y cuando ya se estaba entusiasmando le descargué mi

grabadora en la plena cabeza. No sufrió, me consta, se fue derechito para el Cielo, a cantar salmitos con los angelitos. Mejor así, por lo menos no le tocaron las interminables esperas de una pensión que nunca llega o la muerte acosándolo para que se muriera. Limpié la sangre lo mejor que pude y a él lo acosté en el sofá y como la casa estaba con llave me escapé por el solar.

Recorrí todos los cementerios: El San Pedro, Campos de Paz, el Remanso, El Universal, todos, desde el más grande hasta el más apretado, desde el más fino hasta el mas barato pero fue en vano. La verdad no me aburría pero me desesperaba mucho y por eso, para distraerme un poco, me aparecía en alguna misa negra, ésas llenas de culicagados pintarrajeados que se creen muy malos y que apenas me les revelaba como Lucifer, se orinaban en los bluyines y salían disparados, claro que también había otros que en medio de la traba me ofrecían gatos, gallos y hasta muchachas vírgenes y yo no voy a negarlo (porque no es que sea de palo) me sentí varias veces tentado pero al final les decía que cogieran oficio y no fregaran tanto, que las almas condenadas me mantenían muy ocupado.

Transcurrieron semanas sin tener ningún rastro y ya resignado, estaba a punto de abandonar la búsqueda y retornar al seno hogareño, cuando una noche durmiendo en el cementerio del ejército, escuché unos pasos. Al comienzo creí que era mi imaginación y no presté mucha atención pero cuando los pasos se hicieron más cercanos, me senté y escuché atentamente... silencio... mi corazón comenzó a latir aprisa presintiendo un espíritu, quizás el ánima de un expresidente o de otro apátrida legendario. De repente una sombra espesa y fría se posó atrás de mí y entre terror y emoción, me di vuelta y la vi, sí, allí estaba, cuán escuálida y bella; mi cuerpo y mi alma rebosaban de alegría. Quise contarle todas las dificultades y angustias que había sufrido por estar lejos de ella, mis desesperadas ansias de hablarle y verla, pero no podía, las palabras se me amarraban a la garganta como si me asfixiaran y antes de que me abandonaran mis fuerzas, me puse de pie y la abracé besándola con todo mi ser, con todas mis fuerzas y ella, extasiada, enterró sus dientes en mis labios y la sangre corrió por mi boca y su boca y fuimos uno, una llama, un sol que ardía y reventaba; loco de frenesí la apreté más y más fuerte hasta que oí aquel crujido, aquel maldito crujido y antes de que pudiera evitarlo, sentí como caía mi amada hecha pedazos entre mis brazos.

●●●

Las muertes normales

Mauricio Ventanas, Costa Rica

Un viernes por la noche murió el padre de Gracia. Ella le lloró todas nuestras horas de fiesta hasta el sábado por la mañana cuando me llamó. Sábado por la tarde a correr la voz entre los amigos y no hacer nada hasta la noche, la hora de la vela. Ahí en la capilla de Piedades estuvimos diciendo estupideces, tratando de hacer sonreír a Gracia, hasta que nos cansamos y nos fuimos a esperar a que fuera domingo para enterrar al viejo.

No sé ni quién era el padre de Gracia. Yo fui por ella. Porque no deja de ser bueno abrazarla un rato cada uno, sentirla temblando y aterrizarle el alma con esa rara confianza de los que no sabemos qué está pasando. Algunos con el corazón vacío. Otros con un karma inexplicable que conforta a la gente con sólo arrimarle el pecho y acariciarle el pelo. Decirle más y más estupideces hasta que la muerte ya no le parezca algo terrible. Y callarse algunas cosas, como la que quisiera que no se quede sin contar en esta historia.

Hay muertes que son normales. Uno se da cuenta cuando está ahí de pie en un traje oscuro con Andrés a la entrada de la Iglesia y vemos a las señoras flacas y canosas saliendo con mucho trabajo de los automóviles. El sol puede estar celeste. El cielo puede estar rosado. Puede haber pájaros bulliciosos ofendiendo a la ceremonia desde los árboles del parque de enfrente. Pero a ellas no se les va el negro de los velos, los vestidos y las ojeras, como el tizne de una conciencia macabra que se va cobrando de venir y venir a tantos sepelios. Pasan sin ver a muchos lados, pero si nos miran a los ojos es como si se sintieran compadecidas de los jóvenes, o como si se buscaran en nosotros... hurgando con sus pupilas oscuras en estos espejos llenos de memorias inocentes. Y al soltarnos la mirada, volviendo a su estado tranquilo, ya nos han dejado un poco de su tizne en el rostro.

- "Ahí viene Gracia”.

Caminamos rápido y la abrazamos. Las tías nos dejaron, aliviadas. Seguro ya estaban cansadas de consolarla. Seguro entienden lo que duele, pero no les duele a ellas, y quisieran que Gracia se hiciera vieja por un rato para que dejara de llorar. Luego vinieron a buscarla otra vez y se la llevaron a sentarse a la par del ataúd.

- "Mis queridos hermanos..." -- dijo el Padre. De lo demás casi no me acuerdo, pero creo que no se salió mucho de lo normal en una ceremonia de éstas. Desde la banca de los incrédulos, miramos a las ancianas que rezaban muy formales. Alguien más intrépido que yo habría dicho que lo hacían con cierta fraternidad, o camaradería con Don Róger, como haciendo fila para seguirlo, pero a mí todavía me daba mucho miedo pensar en esas cosas.

- "Acuérdate también de sus hermanos: Cristina, Gerardo, Rafael, Carmen, Julieta y Rodrigo, a quienes llamaste de este mundo a tu presencia”.

Uno rezos más y estamos subiendo a Don Róger en la carroza. Vamos todos despacio para el cementerio, Gracia llorando y abrazándose del ataúd y de cuanta persona se encuentra en el camino. Será que siente que la vida se le esfuma y puede recuperar algo en los demás. Yo también he moqueado un poco --pero fue por ella-- cuando estaban cerrando con ladrillos la bóveda, y parecía que mi pobre Gracia ya no tenía nada en la vida a qué aferrarse. Cuando uno quiere ir a decirle que cuenta con nosotros, pero hay que hacer una fila tremenda y al momento de la llegada ya se te pasó toda la emoción.

De pronto veo la cara de Andrés crisparse y siento que algo insólito está por venírsenos encima. Tiene la cara blanquísima y los ojos dispares, tratando de mirar a cualquier lugar que no sea el mundo. Está sudando...

- "¡Dios mío! ¡Esto está lleno de muertos!"
- "¡Pues claro! Si es un cementerio".
- "¡Animal! ¡Que no entendés! ¡Que nos lleva el diantre!"
- "Andrés, tranquilo" -- la gente ya nos volvió a ver extrañada. -"¡Andrés! ¿Estás loco? ¡Vení! ¡Andrés! ¿A dónde putas vas? (Perdón... Perdone señora, compermiso, compermiso...) ¡Andréees!" -- ya cruzó aventado la puerta del cementerio. -"¡Andrés! ¡Andrés el camión! ¡Cuidado, movete! ¡aah! nhhh..."

Ahora es la misa. De vez en cuando los ojos de Gracia reparten su tizne entre la gente y Andrés reza con secreta devoción. Ahora me llevan despacio en hombros por un camino algo florido. Ahora se están marchitando las flores... Ahora estoy en el cementerio. Mientras, Andrés sigue huyendo de este lugar, viviendo cada segundo por él y por mí, con desesperación pasmosa.

Me alivia saber que Gracia me lloró casi más que al mismo Don Róger. Que estuvieron todos muy atentos cuando el Padre le pidió al Señor que me recordara. Luego se fueron a juntar mis notas y publicaron estas páginas. Cada vez que alguien las abre, siento que me están mirando el alma. Y que en mi lápida hay un poema --un poco cursi, pero no importa-- sobre lo bueno y dedicado que yo era. ¡Todo eso cuenta! No crean... Es... Es que no me termina de gustar este estado... Es que mi muerte no es normal ¡Dios mío, mi muerte no es normal! Pasa un segundo que se me hace un siglo y siento que nunca podré acostumbrarme a este asunto de la paz, la eternidad y las cosas infinitas.

No es normal, te digo que no es normal. Aunque con el tiempo ya me lo va pareciendo... poco a poco, hacer...

amistad ...

con la tierra ...

●●●

© Proyecto Sherezade y autores, 2003